Estudios Públicos 158 (2020), 101-106
DOI: https://doi.org/10.38178/07161115/2020.005

RESEÑA

Hugo Herrera. *Octubre en Chile. Acontecimiento y comprensión política: hacia un republicanismo popular.* Santiago: Kankatura, 2019. US$12 (ISBN: 9789560942012), 144 pp.

Carlos Hoevel, Pontificia Universidad Católica Argentina, Argentina

Intentar entender una crisis justo en medio del furor de su desenvolvimiento no es tarea fácil. Hugo E. Herrera se propone, sin embargo, hacerlo, al centrar su libro *Octubre en Chile* en el análisis de las causas de la gran revuelta chilena desatada a partir de octubre de 2019. Al adoptar un enfoque que podríamos denominar filosófico-social, intenta además llegar al núcleo existencial de la crisis, desbordando los análisis disciplinares convencionales. El punto de partida del texto es el supuesto de la existencia de una escisión que se daría en Chile, según el autor, "entre la institucionalidad política y económica, los discursos y las obras políticas, de un lado, y, del otro, el pueblo y los anhelos y pulsiones suyos" (14). A partir de ese supuesto, el libro plantea la necesidad de repensar la tarea de la política como una labor de mediación que requeriría, ante todo, de una capacidad de comprensión de los anhelos y pulsiones del pueblo que permita, a su vez, darles un cauce institucional adecuado. Una capacidad que, según Herrera, no ha caracterizado a la dirigencia chilena —en todas sus expresiones— en las últimas décadas y que explica en buena medida el origen último de la revuelta.

Herrera pone el foco de su atención a lo largo de todo el libro en la categoría de 'pueblo'. En su opinión, "el pueblo no es una cosa, no un objeto determinable, sino, mucho más, un acontecimiento" (16), un "evento crudo, hasta cierto punto primordial e insuprimible" (23). Incluso, se podría afirmar que "el pueblo es como una divinidad", no en

Carlos Hoevel es doctor en filosofía por la Pontificia Universidad Católica Argentina y Master of Arts in the Social Sciences por la Universidad de Chicago. Es profesor titular ordinario de historia del pensamiento económico y político, y de filosofía social, y director del Centro de Estudios en Economía y Cultura de la primera universidad. Dirección: Av. Alicia Moreau de Justo 1300, CP C1107AAZ, C.A.B.A., Argentina. Email: carlos_hoevel@uca.edu.ar.

el sentido de una "simple provocación", sino como "una constatación". Así, "cual la divinidad —sostiene Herrera—, el pueblo no es un objeto determinable al modo en el cual se determinan cosas" (24). "Al irrumpir lo hace con una fuerza que puede llegar a ser la de un dios en la historia, furia destructiva y redentora" (24). Pero esta 'furia' y este 'caos' que puede producir el pueblo, "es justicia" y "su eventual violencia, es también exigencia, en principio legítima, de plenitud" (24). De allí que, en su opinión, "su impulso no admite refutación" (24).

Otro tema central asociado al del pueblo en el libro de Herrera es el de la 'tierra'. "El ser humano es tierra. Hecho de tierra, a la tierra vuelve. La tierra no es pura dispersión de átomos maleables, no algo así como la materia prima a la que se le pueda imponer cualquier forma desde el exterior" (29). De allí que tampoco sea posible un pueblo político sin tierra ni sea posible entender a ningún pueblo, incluido el chileno, sin entender su tierra. Una de las características de la dirigencia chilena ha sido, precisamente, según Herrera, el ignorar o, incluso, violentar al pueblo a través de su tierra.

> A la tierra se la formaliza. Se privilegia el latifundio, la extracción violenta, la distancia geométrica del bosque introducido, la usina que mata el entorno. El logos desarraigado y sagaz reduce, denigra a la calidad de material el orden de la naturaleza. Una política con baja o nula conciencia telúrica está en la base del centralismo contemporáneo. (33)

Dadas estas características inasibles y divinas del pueblo, arraigado en su tierra y entendido como una entidad poderosa pero difusa y por tanto inobjetivable, no es posible, de acuerdo al autor, utilizar las herramientas conceptuales y metodológicas de las ciencias sociales para comprenderlo: "pueden ensayarse explicaciones a partir de factores y especificaciones causales, sin embargo, en su operación y despliegue mismo, el pueblo es imprevisible, sus contornos son difusos, su hondura inescrutable" (16). De hecho, los instrumentos conceptuales de una "racionalidad económica de tipo liberal", al centrarse en las preferencias individuales entendidas de modo completamente subjetivo, no permitieron captar la "acumulación de preferencias alienadas" del pueblo que terminarían por decantar en la crisis (19). La derecha política, todavía hoy cooptada por la mentalidad de los discípulos de Milton

Friedman heredada de la dictadura (67), terminó así reducida a una fórmula que combina, perniciosamente, neoliberalismo, despolitización y subsidiariedad negativa (73).

Pero tampoco pudieron prever ni pueden hoy entender la crisis los representantes de la izquierda académica —entre los que Herrera identifica especialmente a los seguidores de Fernando Atria— y la política —entre los que incluye a los participantes del Frente Amplio. En esa corriente, escribe el autor, "la plenitud política y humana es identificada con una praxis público deliberativa deslindada de lo que se entiende como intereses egoístas o puramente individuales" (20). Así, los representantes de la izquierda política consideran que "se debe despejar el avance hacia el despliegue de lo humano ampliándose el campo de la deliberación y restringiéndose el mercado. Esto se realiza mediante la instauración de un régimen de derechos sociales universales" (82). Pero, dado que dicha izquierda cree únicamente en la transparencia del discurso deliberativo, es "hostil a lo oscuro, lo oculto, a las pulsiones difícilmente presentables" (20) y, por tanto, es también incapaz de tener una adecuada comprensión del pueblo.

A partir de estas críticas, Hugo Herrera plantea la necesidad de un nuevo tipo de acción política que, en lugar de estar basada en supuestos ideológicos o imperativos morales de dudosa eficacia, debería tener, en su opinión, más el aspecto de un arte que de una ciencia. "Ni con moralismo ni con economicismo —sostiene el autor— se dejan elucidar y resolver los asuntos políticos" (44). Dejando de lado toda norma o parámetro determinado previamente, esta nueva clase de política produciría discursos e instituciones simbólicamente eficaces para interpretar las pulsiones y anhelos del pueblo. De allí que para Herrera es necesario realizar una revisión completa de los conceptos, reglas e instituciones políticas y económicas actualmente en uso, no para desecharlos totalmente, sino para darles un significado diverso (54).

Un concepto central que según Herrera debería ser objeto de esta tarea reinterpretativa, es el de mercado. Si bien no puede negarse que la expansión de la economía de mercado ha permitido un indudable progreso de la sociedad chilena (58), el mismo mercado opera también, sostiene el autor, como "un mecanismo de disgregación y desintegración" (59). Otros conceptos a revisar son los modos de participación política, el régimen de gobierno unitario (60), el sistema de seguridad

social, la calidad de la burocracia, la concentración del poder económico (60-61), el vínculo entre ciencia y tecnología, el sistema de pensiones y la educación. En todas estas áreas hay problemas de distinto tipo con una tendencia común a producir una sociedad con tendencia a la segregación y a la excesiva desigualdad (61).

Finalmente, el libro ofrece una propuesta en relación al foco central de la discusión actual sobre la crisis: la reforma constitucional. En este punto, Herrera busca un camino medio entre un reformismo suave en continuidad con la Constitución de 1980, como el que propulsa la derecha preocupada por las libertades económicas y republicanas, y un reformismo radical, como el que pretende la izquierda, enfocado en la ampliación de los derechos sociales. Para lograr esto, Herrera propone abandonar la Constitución de 1980, en su opinión demasiado abstracta, rehabilitando la de 1925 que recogería, a su juicio, de manera mucho más orgánica, la tradición histórica y popular del país. De todos modos, el objetivo final de la reforma no debería ser, en su opinión, regresar a los contenidos literales de dicha Constitución, sino más bien acudir a ella como símbolo (96) para reunir a los representantes dispersos de la gran corriente centrista que aún existe en el país —formada por nacionalistas-populares moderados, socialdemócratas, socialcristianos y liberales de centro— con el fin de fundar un nuevo tipo de republicanismo 'popular' y 'telúrico'.

> El principio *republicano* —sintetiza Herrera— apunta a lograr la instauración de una institucionalidad en la cual el poder se halle encarnado y establemente dividido; el principio *popular-telúrico*, a la integración del pueblo concreto y situado, en instituciones, en palabras y obras adecuadas a su talante. (104)

En mi opinión, *Octubre en Chile* es un libro muy bien escrito, interesante y capaz de atrapar completamente al lector. Ofrece además un enfoque filosófico-existencial que permite acceder a una amplia visión de conjunto de la crisis chilena, evitando la unilateralidad de muchos análisis anclados en una perspectiva cerradamente disciplinar. Sin dejar de lado la consideración específica de las perspectivas política, económica, social e incluso educativa, Herrera muestra con gran acierto que el problema que enfrenta Chile es mucho más complejo y profundo de lo que ciertos puntos de vista simplistas podrían hacer pensar.

Creo que el autor también da en el blanco al detectar una fuerte tendencia al racionalismo en las clases dirigentes chilenas, identificándola como una de las causas centrales de su falta de previsión de la crisis que se avecinaba. Asimismo, considero que Hugo Herrera es ecuánime y perspicaz al señalar que esta actitud racionalista es un defecto compartido por igual por los dos polos de la derecha y la izquierda política y académica chilenas. Tal vez la fuerte influencia, en las últimas décadas, de modelos de pensamiento traídos al país por muchos académicos formados en importantes instituciones de prestigio mundial, a la par de enriquecer la base científica de las políticas públicas, pudo haber alimentado en las elites dirigentes una actitud de superioridad, infalibilidad y falta de contacto con la realidad concreta de la población.

Si bien Herrera reconoce, a mi juicio correctamente, los enormes progresos logrados en el Chile de los últimos treinta años, diagnostica también de modo adecuado los problemas que se fueron acumulando en áreas clave de la vida nacional. Por lo demás, su propuesta en relación al problema constitucional —que busca reunir de nuevo las expresiones del centro político chileno alrededor del símbolo de su Constitución histórica de 1925— también me parece una vía media razonable entre una continuidad demasiado forzada del actual *statu quo* y un reformismo extremo de imprevisibles derivaciones. Finalmente, pienso que su visión de un republicanismo mucho más anclado en la realidad de la sociedad, que subyace a lo largo de todo el libro, orienta de manera sensata el difícil itinerario que necesita recorrer Chile para adaptar su diseño institucional y económico a la realidad cambiante y exigente de su población y del mundo.

Aunque, como acabo de señalar, coincido en general con buena parte del diagnóstico y propuestas políticas del libro, me despiertan, en cambio, muchas dudas sus fundamentos filosóficos. En particular, los conceptos de pueblo, tierra y acontecimiento, sobre los que el autor basa también su concepción intuitiva y artística de la política. Aunque podría tal vez hacerse de ellos una interpretación en la línea de un republicanismo comunitarista o aristotélico moderado, siento resonar fuertemente en el modo en que Herrera utiliza estos conceptos, tradiciones intelectuales como las del *Volksgeist* (espíritu del pueblo) del prerromanticismo alemán de Fichte y Herder, el vitalismo de la segunda mitad del siglo XIX y principios del siglo XX (por ejemplo,

Ludwig Klages, a quien cita el autor), la oposición entre *Gesellschaft* (sociedad) y *Gemeinschaft* (comunidad) de Tönnies, y la apología de la excepcionalidad presente en Heidegger y en Carl Schmitt. Sin pretender reducir el texto a ninguna de estas corrientes ni pensadores, creo que la influencia de varios o de algunos de ellos lleva al autor a convertir, a mi juicio erróneamente, una realidad humana, falible y compuesta por una enorme variedad de vidas, situaciones y decisiones individuales, como es la sociedad, en una entidad única, casi divina y con rasgos de infalibilidad identificada en el libro con la idea de 'pueblo'. Interpretar la crisis chilena en clave de un acontecimiento excepcional, producido por una divinidad popular inescrutable, que excede completamente cualquier análisis objetivo y exige dotes intuitivas especiales para su reconocimiento, puede conducir a un oscuro esoterismo exegético que descuide el estudio cuidadoso y racional de las causas. Por otra parte, justificar al pueblo en todas sus acciones —incluso en las violentas—, dejando de lado todo criterio normativo, puede también llevar a peligrosas conclusiones acerca del estilo de liderazgo político que debería conducirlo. Si bien creo que el autor de *Octubre en Chile* demuestra suficiente prudencia y moderación en todas sus visiones y propuestas como para no caer en ninguno de los riesgos que señalo, la presencia en su texto de estas ideas enciende las alarmas de un lector que teme no solo en Chile, sino en todo el mundo, el inquietante resurgimiento del irracionalismo político. *EP*